

La Intervencion Americana

Los enemigos de la libertad del pueblo mexicano aseguraban al principio de la crisis entre México y los Estados Unidos, que en menos de una semana habrían tomado la ciudad de México las fuerzas de los Estados Unidos.

Han pasado cerca de dos meses, y las fuerzas americanas estacionadas en Veracruz no han avanzado más de tres millas hacia el interior del país, lo que prueba lo que tantas veces hemos dicho: que los Estados Unidos no estaban preparados para una guerra con México; que los Estados Unidos quisieron pulsar el estado de ánimo de los mexicanos a quienes creían estar en su mayor parte en simpatía con Carranza y Villa, y por lo mismo, en simpatía con la invasión americana, ya que la invasión era solicitada por todos los actos políticos de esos dos bandidos en sus relaciones con Wilson.

Wilson vio que el pueblo mexicano se disponía a resistir la invasión, y entonces recurrió a la estratagema de las conferencias de paz para no verse forzado a continuar desde luego una guerra para la cual no estaba preparado, y así fue como, según declaración del Embajador del Brasil, los representantes en Washington de Argentina, Brasil y Chile fueron invitados por el mismo Wilson a representar la comedia de la mediación para ganar tiempo durante el armisticio, o poder preparar mejor la invasión, o, si era posible llegar a una solución pacífica del conflicto que el mismo había precipitado, retirar sus fuerzas de Veracruz de una manera plausible.

Otra estratagema.
Viendo Wilson que a pesar de su amistad con Carranza y con Villa, el pueblo mexicano no apetecía la invasión, sacó de los cabellos la cuestión agraria, mostrando de la noche a la mañana partidario de la repartición de tierras a los proletarios, pensando que de esa manera podría hacer simpática la invasión al pueblo mexicano, y, por lo mismo, no tropenaría con grande oposición. Afortunadamente, los mexicanos ya no tenemos confianza en la institución llamada gobierno, ya está éste representado por mexicanos o extranjeros. Tras dura experiencia de cuatrocientos años, los mexicanos, al menos una buena parte si no todos, hemos venido a comprender que gobierno es tiranía, cualquiera que sea su forma y que, por lo mismo, no debemos esperar nada bueno de ningún gobierno, propio o extraño, siendo por lo tanto un deber el combatirlo hasta su exterminio.

Los dos bandidos.
Que Carranza y Villa no son otra cosa que miseros sirvientes del capitalismo americano, ha sido demostrado por REGENERACION con hechos abundantes y que no dejan lugar a duda. Hemos visto a ambos ambiciosos estrechando la mano de Wilson, para que éste los ayudara a derribar a Huerta; los hemos visto en encerronas con agentes diplomáticos de Wilson, comprometer el porvenir del pueblo mexicano con alianzas con el enemigo; los hemos visto pasar por las narices de las autoridades americanas inmensos contrabandos de armas, consignadas a los carrancistas; hemos oído declarar a Carranza y a Villa, sin que sus rostros enrojecieran de vergüenza, porque carecen de ella, que la invasión americana no era un acto hostil al pueblo mexicano, sino a Huerta, como si no fueran mexicanos los que iban a ser asesinados por los soldados americanos; los hemos visto recibir de los capitalistas de los Estados Unidos no solamente armas y municiones, sino que también, combatientes, como lo demuestra el gran número de muertos americanos y de heridos y prisioneros del mismo origen en los combates de Torreón y sus alrededores.

Una prueba más.
Pero como si todo eso no fuera bastante, hay un hecho recentísimo que prueba que Carranza, Villa y Wilson están de acuerdo en la obra de amarrar de pies y manos al pueblo mexicano a los capitalistas de todas nacionalidades, y principalmente yanquis, puedan explotarlo a su antojo. El vapor cubano, Antilla, estaba para llegar a Tampico con un cargamento de armas y municiones para los carrancistas, el lunes 8 de este mes. Huerta ordenó a los cañoneros Zaragoza y Bravo que impidieran el desembarco, y Wilson, por su parte, ordenó que los barcos mexicanos fueran atacados por los barcos america-

nos, si los primeros ponían obstáculo abastecer de ellas para que logre su objeto.

Ayudando a Carranza y a Villa.

Refiriéndose a la ayuda que Wilson presta a sus sirvientes Carranza y Villa, "The Los Angeles Times" publica un telegrama de Washington de fecha 7 del corriente, que dice en la parte relativa: "Hay en Washington una opinión unánime acerca de la intención del Gobierno de los Estados Unidos, y esa intención es que este puerto—Tampico—sirva a los constitucionalistas para obtener sus elementos de guerra." "Se sabe—sigue diciendo el telegrama—que este gobierno—el de Wilson—ha sido informado que Villa carece de municiones para continuar su campaña sobre la ciudad de México, y que es preciso que se

Otro telegrama.

Procedente de la población del Niágara, el mismo periódico americano publica un telegrama de la misma fecha que en parte dice: "Si los cañoneros de Huerta se atreven a interceptar barcos que lleven cargamentos de armas y municiones para los constitucionalistas, se dice aquí que los barcos de guerra americanos intervendrán." "Quién puede dudar ahora de que Carranza y Villa son los lacayos de los capitalistas americanos?"

Siguen las matanzas de mexicanos.

Narciso Guerrero, un mexicano, fue muerto a balazos, como un perro, en las calles de Veracruz, el 7 de este

mes, por un subteniente del vigésimo quinto de Infantería del Ejército de los Estados Unidos, de guarnición en dicho puerto. El motivo del asesinato fue que Guerrero protestó contra un atropello que se quería cometer en su contra. Naturalmente, el asesino no ha sido molestado y el mexicano ha quedado bien muerto. [Esa es la civilización que nos llevan los soldados del capitalismo americano!]

Las conferencias de paz.

En dos semanas no han alcanzado ningún progreso las famosas negociaciones de paz. Banquetes y franquicias han menudeado, como que para eso sudan los pobres pueblos. Como a pesar de todo lo que se arregle por esos señores y matando burgueses y autoridades. De esta lucha es de la que depende el futuro del pueblo mexicano y no de los chan-

chullus llevados a cabo en hoteles aristocráticos. ¡Adelante, rebeldes!

Las últimas noticias.

Según los telegramas publicados en la prensa americana el 11 de este mes, el deseo de Wilson es poner a Villa o a Carranza al frente de un gobierno provisional que resulte de un acuerdo final tenido por los comisionados de paz en la población del Niágara. Wilson dice que es preciso que Villa entre a la ciudad de México y asuma el cargo de Ministro de la Guerra, o el de jefe supremo de todas las fuerzas de la República, pues mientras más se ayude a los constitucionalistas, tanto mejor será para los Estados Unidos.

Dignidad de Emiliano Zapata.

Emiliano Zapata, el honrado y firme defensor de los desheredados, acaba de hacer público su desagrado por

la intervención y las conferencias de paz. Zapata dice que él no tiene ligas de ninguna clase con Carranza y Villa, y después de condenar la revuelta de esos picaros como criminal, pues no tiene otro objeto que perpetuar el sistema de explotación capitalista bajo el nombre de constitucionalismo, exclama como un verdadero revolucionario: "Me llaman el bandido Zapata; Zapata el bandido continuará siendo a la faz de todos los poderes del mundo, hasta que el pueblo obtenga justicia, hasta que el peón sea el amo."

Estas palabras del valeroso Zapata son la digna corroboración de su actitud de verdadero revolucionario. ¡Qué diferencia entre el servilismo de Villa y Carranza y la dignidad del noble luchador suriano!

RICARDO FLORES MAGON.

Aprended de los nobles proletarios del sur de México. Ellos no esperan a que se encumbe un nuevo tirano para que les mitigue el hambre. Valerosos y altivos, no piden; toman. Ante la compaña y los niños que piden pan, no esperan que un Carranza o un Villa suban a la Presidencia y les dé lo que necesitan, sino que, valerosos y altivos, con el fusil en la mano, entre el estruendo del combate y al resplandor del incendio, arrancan a la burguesía orgullosa la vida y la riqueza.

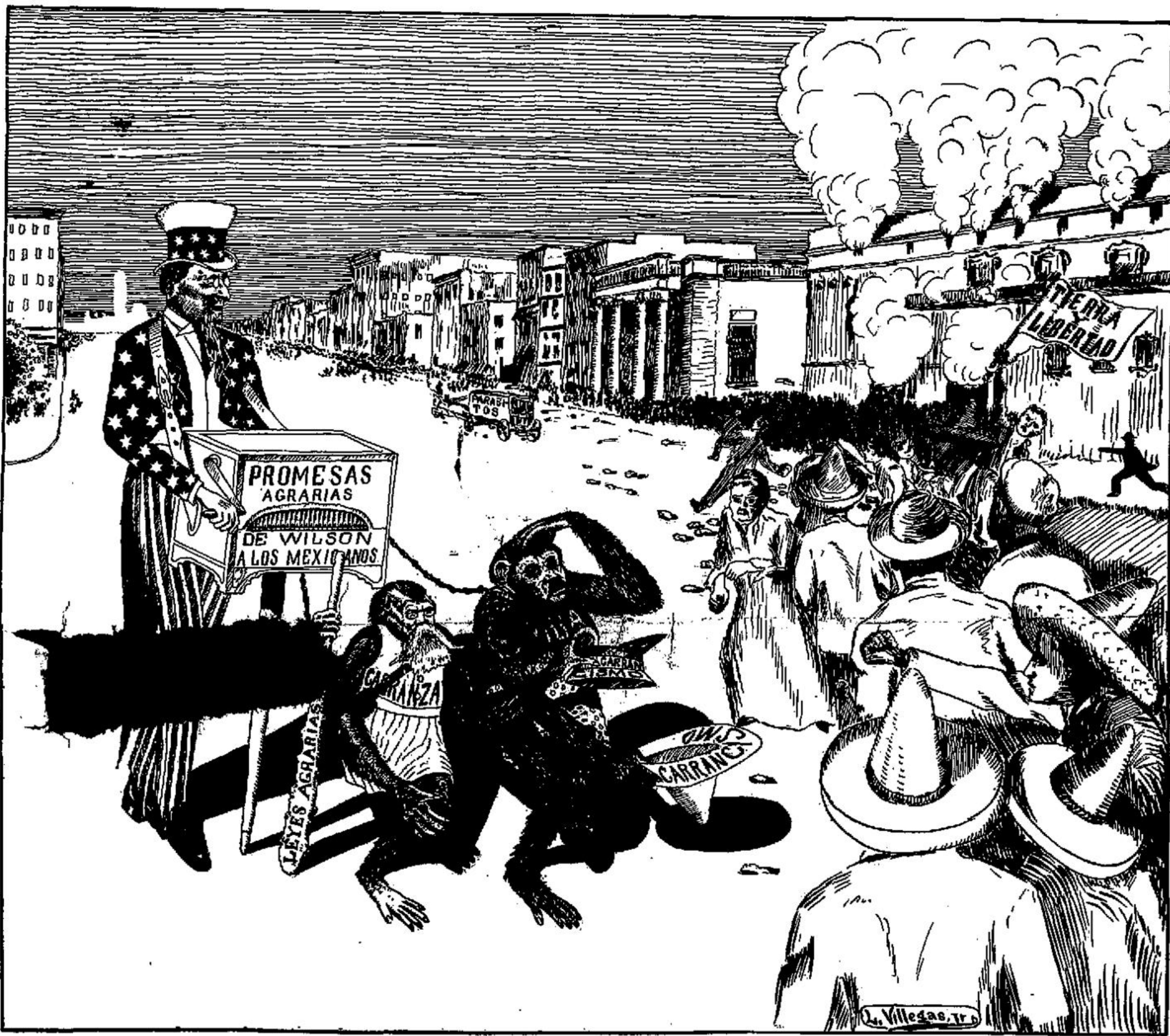
Ellos no esperan a que un caudillo se encarama para que les dé de comer; inteligentes y dignos, destruyen los títulos de propiedad, echan abajo los cercados y ponen la fecunda mano sobre la tierra libre. Pedir, es de cobardes; tomar, es obra de hombres. De rodillas se puede llegar a la muerte, no a la vida. ¡Pongámonos de pie!

Pongámonos de pie, y con la pala que ahora sirve para amontonar el oro a nuestros patronos, abramos su cráneo en dos, y con la hoz que troncha débiles espigas, cortemos las cabezas de burgueses y tiranos. Y sobre los escombros de un sistema maldito, clavemos nuestra bandera, la bandera de los pobres, al grito formidable de: ¡Tierra y Libertad!

Ya no elevemos a nadie; ¡subamos todos! Ya no colgemos medallas ni cruces del pecho de nuestros jefes; si ellos quieren tener adornos, adornémoslos a puñaladas. Quienquiera que esté una pulgada arriba de nosotros, es un tirano; ¡derribémosle! Al anochecer de la hora de la justicia, y al antiguo grito terror de los burgueses, ¡la bolsa o la vida! substituyémoslo por este: ¡la bolsa y la vida! Porque si dejamos con vida a un solo burgués, él sabrá arrojárselas de modo de ponernos tarde o temprano otra vez el pie en el pescuezo.

A poner en práctica ideales de suprema justicia, los ideales del Partido Liberal Mexicano, un grupo de trabajadores emprendió la marcha un día del mes de septiembre del año pasado, en territorio del Estado de Texas. Esos hombres llevaban una gran misión. Corrompido por la ambición de los jefes el movimiento revolucionario del Norte, iban bien abastecidos de ideas generosas, a inyectar nueva savia al espíritu de rebeldía que en esa región degenera rápidamente en espíritu de disciplina y de subordinación hacia los jefes. Esos hombres iban a establecer un lazo de unión entre los elementos revolucionarios del Sur y del centro de México, y los elementos que se han conservado puros en el Norte. Bien sabéis la suerte que corrieron esos trabajadores: Los de ellos, Juan Rincón y Silvestre Lomas cayeron muertos a los disparos de los esbirros del Estado de Texas, antes de llegar a México, y el resto, Rangel, Alzalde, Cisneros y once más, se encuentran presos en aquel Estado, sentenciados unos a largas penas penitenciarias, otro de ellos a pasar su vida en el presidio, mientras sobre Rangel, Alzalde, Cisneros y otros va a caer la pena de muerte. Todos esos trabajadores honrados son inocentes del delito que se les imputa. Sucedió que una noche, en su peregrinación hacia México, resultó muerto un sheriff texano llamado Candelario Ortiz, y se descargó la culpabilidad de esa muerte sobre los catorce revolucionarios. ¿Quién presenció el hecho? ¡Nadie! Nuestros compañeros se encontraban a gran distancia de donde se encontró el cadáver del esbirro. Sin embargo, sobre ellos se trata de echar la responsabilidad de la muerte de un perro del Capital, por la sencilla razón de que nuestros hermanos presos en Texas son pobres y son rebeldes. Basta con que ellos sean miembros de la clase trabajadora y que hayan tenido la intención de cruzar la frontera para luchar por los intereses de su clase, para que el capitalismo americano se les eche encima tratando de wengar en ellos la pérdida de sus negocios en México. Si nuestros compañeros fueran carrancistas o villistas, si ellos hubieran tenido la intención de ir a México a poner en la Silla Presidencia a Villa o a Carranza, para que éstos dieran negocios a los americanos, nada se les habría hecho, y antes bien, las mismas autoridades americanas los habrían protegido; pero como son hombres dignos que quieren ver completamente libre al trabajador mexicano, la burguesía americana descargó sus iras sobre ellos y pide la pena de muerte como una compensación a los perjuicios que está sufriendo en sus negocios por la Revolución de los proletarios.

Lo Despachan con su Musica a Otra Parte



Comprendiendo Wilson que la Intervención es absolutamente antipática al pueblo mexicano, tuvo la ocurrencia de halagarlo cantándole una canción que va poco más o menos como sigue: "Pueblo querido, te amo con toda mi alma y estoy decidido a darte la tierra que quieras; pero sé bueno, respeta a mis changuitos que se ben bailar al son que les toco, permite que mis soldados lleguen a la ciudad de México y pondré el sol, la luna y las estrellas a tu disposición." El pueblo indignado aporreó a los changos y levantando la Bandera Roja de Tierra y Libertad, incendia los palacios de los parásitos burgueses, pone en libertad a los presos incendiando los presidios, quemó los títulos de propiedad declarando que todo debe pertenecer a todos y pone los cimientos del nuevo orden social en que no hay más amos, gobernantes ni embaucadores religiosos.

La Intervencion y Los Presos de Texas

DISCURSO pronunciado en el mitin celebrado bajo los auspicios del Comité de Defensa de los compañeros presos en Texas, la tarde del día 20 de Mayo en el Y. P. S. L. Hall (Sala de la Liga de Jóvenes Socialistas).

Camaradas:
Como resuena esta vez mi palabra como una condenación a los poderosos de la tierra; que se levante airada y sin miedo para anunciar a los verdugos de los pueblos que hay una voluntad más grande que la de los tiranos, que hay una fuerza más poderosa que el puño del despota, y que esa voluntad y esa fuerza residen en nosotros, en los de abajo, entre los despreciados por los mismos que nos explotan, entre los que con nuestras manos y nuestra inteligencia fabricamos los edificios y con nuestro sudor y nuestra sangre cultivamos los campos, entendemos la vía férrea, horadamos los túneles, arrancamos del seno de la tierra los metales útiles, y que, cuando la desesperación llena nuestros pechos, con las mismas manos que creamos la riqueza levntamos la barricada y disparamos el fusil.

La necesidad del momento es la verdad y el valor. Hay que decir la verdad cueste lo que cueste: si las fuerzas americanas han clavado en un estado de México la bandera de las barras y las estrellas, no ha sido para satisfacer un alto anhelo de humanidad y de justicia. Esa bandera ha sido clavada en Veracruz como un puñal en el pecho de la Justicia; esa

bandera no ha aparecido en aquellas playas como el símbolo luminoso de la civilización y de la cultura, sino como el trapo negro con que el crimen se tapa la cara para vaciar los bolsillos de la víctima, esa bandera es la careta de los grandes bandidos de la industria, del comercio y de las finanzas de todos los países que tienen interés en que el trabajador mexicano sea el esclavo de los aventureros de todo el mundo; esa bandera es puñal y es látigo, es cadena y es horca; no brilla como una insignia de redención y de progreso, sino que flota al aire como un sudario mecido en la noche por el soplo de la Muerte.

Porque en virtud de qué noble impulso llegó ese trapo a las playas de México? ¿Qué brisa amable lo arrastró hacia aquellas tierras? ¿Qué gallarda idea representa encima de una ciudad cogida por sorpresa? El miedo y la codicia: esto es lo que hay en el fondo de este salnete que puede terminar en tragedia. El miedo que todos los opresores y todos los explotadores de la humanidad sienten ante el despertar inequívoco de las masas esclavas que forcejean por romper sus cadenas. Si la Revolución Mexicana fuera un movimiento que tuviera por objeto el quitar a un Presidente para poner otro en su lugar, reírían los verdugos del pueblo, porque tal movimiento no les perjudicaría, pues quedaría intacto el sistema

social y político que les permite hacerse ricos y poderosos a costa del sufrimiento de los trabajadores; pero no es eso lo que ocurre en México. Ante los ojos espantados de la burguesía internacional y de los gobiernos, se desarrolla en aquel hermoso país uno de los dramas más emocionantes y sublimes de la historia de los pueblos. Allí se disputa, arma al brazo, el derecho que todo ser humano tiene de vivir; allí, el trabajador hace pedazos los títulos de propiedad de los ricos, y mostrando las manos al mundo que contempla asombrado lo que la tradición y la ley llaman sacrilegio, lanza este grito heroico: ¡yo más títulos sancionados por la ley; de hoy en adelante, para vivir y gozar de la riqueza, no habrá más títulos de propiedad que los callos de las manos!

La burguesía internacional y los gobiernos todos temen que la chispa que arde en México, sea el principio del formidable incendio que tarde o temprano hará del mundo una sola llama, que reducirá a cenizas el sistema capitalista, cuando el trabajador deje caer la herramienta que sólo le sirve para enriquecer al patrón y enarbolar el pendón rojo de Tierra y Libertad. Porque el ejemplo es contagioso: el hambriento de los Estados Unidos, el pirra francés, el esclavo ruso, el siervo inglés, el desheredado de todos los países pueden tomar lección de su hermano el trabajador mexicano, y emprendiendo por su cuenta la obra de su libertad y de su bienestar, aplique la hoz y la dinamita al poder político y al poder del dinero, único medio que le queda al pobre para deshacerse de sus verdugos.

El miedo y la codicia fueron las manos temblorosas que llevaron a México la bandera de las barras y las estrellas; el miedo que los opresores y los explotadores de todo el mundo tienen de que sus respectivos rebaños imiten al trabajador mexicano y hagan ondear en todos los países la Bandera Roja de Tierra y Libertad; el miedo de que poseedores de la tierra el trabajador mexicano, y libre por ese solo hecho, se niegue a alquilar sus brazos para enriquecer parásitos. No fueron a México las fuerzas americanas en nombre de la civilización y de la humanidad: esas fuerzas fueron a asesinar mexicanos en provecho de los bandidos del dinero y del principio de autoridad. Esas fuerzas han sido empujadas por el capitalismo, para matar a los trabajadores que no quieren más amos, que quieren ser libres, que ya no suplican, que no piden más, y que resueltos, altos y viriles arrancan del pecho del rico el negro corazón que nunca se contrajo frente al dolor de los humildes.

Tal es el motivo de la Intervención, y en esa negra página de política internacional, como en el serpiente que se desliza sin ruido entre la yerba para morder el talón de su víctima, se arrastran dos reptiles a quienes hay que aplastar a tiempo: Villa y Carranza, dos engendros de Judas. El plan fraguado en la sombra, es sencillísimo: con la ayuda de las fuerzas americanas Villa y Carranza podrán llegar a la ciudad de México, sentarse en el poder y entregar estado de pléy y manos al trabajador mexicano a la explotación capitalista. La amenaza de las fuerzas americanas a la ciudad

de México por el camino de Veracruz, no es otra cosa que un juego militar que tiene por objeto entretener por ese lado las fuerzas mexicanas que se oponen a la invasión, mientras Carranza y Villa pueden avanzar sin gran tropiezo hacia el corazón del país. Santa Ana murió, pero reentó en dos bandidos: Carranza y Villa. Estos son los hombres que invitan al capitalismo americano a invadir México; estos son los buitres que esperan que las armas americanas den el tiro de gracia a la libertad de los mexicanos, para sentarse a devorar el cadáver.

Si el consentimiento de Villa y de Carranza, el capitalismo americano no se habría atrevido a invadir el territorio mexicano, y esta lección, como tantas otras, debería servir a los trabajadores para no confiar a nadie la resolución de sus asuntos, pues mientras los proletarios, sordos a la voz de la razón, ciegos a la luz de la experiencia encarguen a uno o varios individuos la misión de darles su libertad y hacer su felicidad, las cadenas de la esclavitud seguirán siendo el premio a su buena fe y a su confianza.

Los proletarios que siguen a Carranza y a Villa no los siguen ciertamente por darse el gusto de cambiar de amos, ni por permitirse el lujo de cambiar de yugo, sino que en su sencillez creen todavía que alguien puede darles la libertad y el bienestar, cuando, oído bien, proletarios, la libertad no es un bien que se regala, sino una conquista de los oprimidos, alcanzada por ellos mismos, y la libertad, entendido bien, no existe, no puede existir lado a lado de la miseria, sino que es un producto directo,

lógico, natural de este hecho: la satisfacción de todas las necesidades humanas sin depender de nadie para lograrlas.

El hombre es libre, verdaderamente libre, cuando no necesita alquilar sus brazos a nadie para poder llevarse a la boca un pedazo de pan, y esta libertad se consigue solamente de un modo: tomando resueltamente, sin miedo, la tierra, la maquinaria y los medios de transporte para que sean propiedad de todos, hombres y mujeres.

Esto no se conseguirá encambrando a nadie a la Presidencia de la República, pues el Gobierno, cualquiera que sea su forma, republicano o monárquico, no puede estar jamás del lado del pobre. El Gobierno tiene por misión cuidar los intereses de los ricos. En miles de años, no se ha dado un solo caso en que un gobierno haya puesto la mano sobre los bienes de los ricos para entregarlos a los pobres. Por el contrario, dondequiera se ha visto y se ve que el Gobierno hace uso de la fuerza para reprimir cualquier intento del pobre por obtener una mejora en su situación. Acordados de Río Blanco, acordados de Cananea, donde las balas de los soldados del Gobierno ahogaron en las gargantas de los proletarios las voces que pedían pan; acordados de Panapita, acordados de Juchitán, acordados de Yaqui donde la metralla y la fusilería del Gobierno disarraron a los indefensos habitantes que se negaban a entregar a los ricos las tierras que les daban la subsistencia.

Esto debe servir de experiencia para no confiar a nadie la obra de vuestra libertad y vuestro bienestar. Basta ya de crímenes cometidos en

En cambio, los asesinos de Rincón y de Lomas están libres. La misma burguesía americana que pide la muerte de Rangel y compañeros, colma de honores y distinciones a los felos que arrancaron la vida de dos hombres honrados. He aquí, proletarios, lo que es la justicia burguesa. El trabajador puede morir como un perro; pero no toquéis a un esbirro. Aquí y dondequiera el trabajador no vale nada; los que valen son los que nada hacen. Las abejas dan muerte a los zánganos de la colmena que comen, pero no producen; los humanos, menos inteligentes que las abejas, dan muerte a los trabajadores que todo lo producen, para que los burgueses, los gobernantes, los polizontes y los soldados, que son los zánganos de la colmena social, puedan vivir a sus anchas sin producir nada útil.

Esa es la justicia burguesa; esa es la maldita justicia que los revolucionarios tenemos que destruir pésele a quien le pese y calga quien cayere.

Mexicanos, el momento es solemne. Ha llegado el momento de contarnos: somos millones, mientras nuestros verdugos son unos cuantos. La victoria será nuestra. Disputemos de las manos de la justicia capitalista a nuestros hermanos presos en Texas. No permitamos que la mano del verdugo ponga en sus nobles cuellos la cabeza de la horca. Contribuyamos con dinero para los gastos de la defensa de esos mártires, agitemos la opinión a su favor.

Basta ya de crímenes cometidos en